

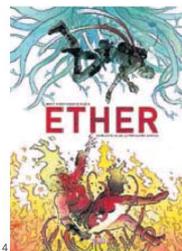
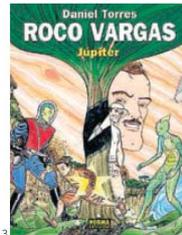
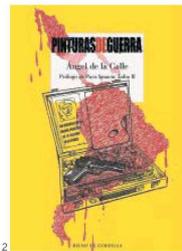


Tebeorama. Ficciones para sobrevivir a la realidad cuando el mundo que te rodea

POR ÁLVARO PONS

Decía José María Merino que la ficción es el mejor medio para desvelar la realidad, hasta el punto de crear una propia y exclusiva. No sé si Ángel de la Calle tendría esta idea en la cabeza cuando preparaba su excepcional *Pinturas de guerra* (Reino de Cordelia), pero a cada paso que daba en su lectura, las palabras del escritor se me hacían más evidentes y certeras. Porque el dibujante, contador de historias como pocos en la corta distancia, construye a través de la ficción una costosa y dolorosa búsqueda de una verdad. En apariencia, se dibuja a sí mismo para investigar sobre Jean Seberg en un París de finales de los setenta de arte y cultura en ebullición, pero es tan solo una excusa para poder controlar desde cerca el complejo andamiaje, totalmente invisible al lector, sobre el que despliega un apasionante juego de ilusionismo narrativo. Alrededor de su *alter ego* crea un grupo de pintores sudamericanos, exiliados de las dictaduras más sangrientas y brutales, que buscarán a través del arte expresar la denuncia más radical del horror. En el transcurso de la lectura reconocemos nombres reales, mientras que los ficción nos recuerdan viejos conocidos, consiguiendo que ficción y realidad fluyan en paralelo sin solución de continuidad, creando una verdad tan real como palpable y sólida, pero que es solo una fabulación más para que De la Calle lleve al lector a un callejón sin salida que obliga a la reflexión sobre el arte, la vida, la cultura, el compromiso y hasta Philip K. Dick.

Situación bien distinta padeció Catherine Meurisse, superviviente de los terribles asesinatos salvajes de *Charlie Hebdo*. Para ella la ficción podía ser una salida, pero solo la realidad le devolvería su vida. Traumatizada por la sinrazón y la locura, cuenta en *La levedad* (Impedimenta) la dura experiencia de recordar y superar el trauma a



través del amor al arte: la belleza de la pintura sirve a la dibujante como la mejor metáfora para expresar sus sentimientos. Desde la violenta abstracción cromática de Rothko a la delicada iluminación de Caravaggio, Meurisse recorre obras canónicas que le van sirviendo como salvavidas a los que agarrarse mientras reconstruye su ser. Crea con la autoficción la distancia terapéutica necesaria para que la hoja en blanco deje de ser su enemiga y la creación actúe de impulso de una verdad que se dibuja con dolor y sinceridad. Y es que llegar a la verdad puede ser un camino de espinas, como cuenta Manu Larcenet en *El informe de Brodeck* (Norma Editorial), adaptación al cómic de la novela de Philippe Claudel que narra precisamente la necesidad de enterrar la verdad, de crear una coar-

tada de mentiras para sobrevivir a la realidad. Larcenet compone una historia donde las miradas, los silencios y los gestos transmiten la desconfianza en el otro, con la fuerza contundente de un trazo donde el blanco y negro se hace tan sucio y asfixiante como el miedo que impregna cada acto y cada palabra.

Afortunadamente, el cómic este mes también nos deja espacio para otras ficciones, que exploran el humor y la aventura. Sirva como ejemplo la necesaria reedición de *Carlitos Fax* (Caramba Cómics), maravillosa creación de Albert Monteys para la recordada y efímera revista infantil *Mister K*, que permite usar con absoluta tranquilidad y seguridad el tópico de "para niños de 9 a 99 años", a sabiendas de que el delirante humor que desprende a chorros este robot con infulas de periodista es heredero de lo mejor de Bruguera, desde el *Reporter Tribulante* de los cincuenta a la ironía desatada del magistral *Superlópez* de Jan y F. P. Navarro, pero pasado por el tamiz de la época dorada de la animación moderna, de Nickelodeon a Cartoon Network. Referente de la aventura es un clásico como Roco Vargas, revivido por Daniel Torres en *Júpiter* (Norma Editorial), nueva entrega que sirve en cierta manera de punto y aparte, de mirada atrás para reflexionar sobre esas tres décadas que han pasado en el mundo real y que la ficción comprime en tres años de aventura siderales sin descanso. Se nota a Torres desatado en el gráfico, disfrutando de volver al color directo para recrear el universo de su creación fetiche, recorriendo los momentos míticos de la ficción para acordar, con el lector y con Roco, el futuro de una obra maestra de nuestro cómic. Y sin renunciar a lanzar unas cuantas cargas de profundidad bien dirigidas. Es curioso cómo muchas de las ideas que marcan la creación de Torres se encuentran también en *Ether*, de Matt Kindt y David Rubin (Astiberri), primera entrega de una serie que usa la aventura para dialogar en la frontera entre la realidad y la ficción a través del enfrentamiento entre la ciencia y magia. El guionista americano se aprovecha del increíble ta-

UN
MES
DE
VINETAS

lento visual del dibujante gallego, que crea con solvencia dos mundos que se retroalimentan para indagar si es posible mantener el sentido de la maravilla desde la razón.

Y déjenme acabar con la poesía gráfica de *Nuevos espacios*, de Begoña García-Alén (Apa Apa Cómics). La autora transforma una visita a una casa en construcción en una profunda reflexión sobre la relación del ser humano con el espacio y el tiempo, extraída de sensaciones apenas insinuadas con fragmentos de la memoria visual. Extraordinaria.

1. *Vineta de Carlitos Fax*, de Albert Monteys.
2. *Portada de Pinturas de guerra*, de Ángel de la Calle.
3. *Portada de Júpiter*, de Daniel Torres.
4. *Portada de Ether. La muerte de la última llama dorada*, de Matt Kindt y David Rubin.

NARRATIVA

Circo y droga

POR FRANCISCO SOLANO

La sugestión que suscitan en Jordi Soler los personajes estrafalarios le llevó a trabar conocimiento de Lucía Zárate, una lilliputiense mexicana que, a finales del siglo XIX, se convirtió en una estrella en los escenarios de *freak show* de Estados Unidos y Europa. Su fama era tal que fue recibida por la reina Victoria y el zar Nicolás III. Sin embargo, con excepción de un cuerpo de medio metro de altura de algo más de dos kilos, bien proporcionado, Lucía Zárate carecía de atribuciones artísticas; era, como atestigua su promotor, Cristino Lobatón, "exclusivamente una presencia". De modo que no daba para una novela. Y aunque este encuentro está en el origen de *El cuerpo eléctrico*, la narración se despliega por los derroteros del afán empresarial del imaginario Cristino Lobatón, cuyas supuestas memorias ("un relato caótico y desordenado") sirven al autor para ir glosando su trayectoria desde un "remoto e inmundado" pueblo de Veracruz hasta su transformación en uno de los hombres más ricos de EE UU. Todo ello gracias a la exhibición pública de la enana y de otras personas malformadas o contrahechas, a lo que añadió un eficaz tráfico de opio (entonces en los límites de la legalidad) valiéndose para su distribución del tren privado en que viajaba la compañía. Soler mezcla, con su habilidad característica, documentación e invención, historia e imaginación. Pero poco ha de importar en la lectura la frontera entre lo real y lo ficticio, pues el autor se rinde a la presunta veracidad autobiográfica de Lobatón, a quien le sobran motivos para ocultar detalles sobre el trasiego del opio. De manera que la imputación de la novela a las mañas de aquel inicial capitalismo



salvaje se diluye en la morbosa historia de Lucía Zárate, que se superpone desplazando la voz de Lobatón. Un curioso fenómeno de ambigüedad en la responsabilidad del relato; a la vez que presenta un caso de explotación y ruindad moral, honra la vileza asociada a la perseverancia. Las conexiones del empresario de circo y droga con la política permiten ver a Lobatón, según Jordi Soler, como un antecedente de Donald Trump. Tal vez, en la medida en que todos los millonarios se parecen.

El cuerpo eléctrico

Jordi Soler
Literatura Random House, 2017
280 páginas, 18,90 euros

“
Begoña García-Alén transforma una visita a una casa en profunda reflexión sobre la relación del hombre con el espacio y el tiempo